

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

15º domingo del Tiempo Ordinario (14 de julio de 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

*El buen Amor es el amor operante,
cuya operación máxima consiste en dar la vida por los que se ama
(Rovirosa, OC. T.I. 145)*

En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez, obsesionada por la vida de los demás... la Iglesia necesita la mirada cercana, para contemplar, conmoverse, y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario... Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (EG 169).

Disponte como siempre a disfrutar sin prisa de este encuentro con el Señor. Él te busca.

¿Dónde te encuentra?



Comienza por escuchar ¿la vida?

«Cuando llegamos a los colegios hablando de pobreza en otros países, los profesores nos empezaron a contar que había niños que no comían en todo el día más que lo que comen en el colegio. Incluso hay algunos que se llevan el pan a su casa para poder cenar», explica Ana.

Matías sufrió dos desahucios: uno, en el bar con el que llevaba ganándose la vida durante 15 años. Arrastraba una deuda por unas obras de insonorización que el municipio le obligó a hacer y llegó un momento en que no pudo afrontarlo. «No podía pagar y quise traspasar el negocio, pero, como debía un mes de alquiler del local, la dueña me denunció y ya no pude», explica. Se quedó sin ingresos a los 53 años. Además, su mujer lo había dejado con sus tres hijos. Así que después comenzaron los problemas con la casa.

Ahora sobrevive con 426 euros de la renta activa de inserción (RAI) y con otras ayudas como la del banco de alimentos en una vivienda de alquiler social en una zona marginal, lejos de su barrio y de

sus amigos, con su hijo menor, de 20 años, en paro, como él. «De momento vamos tirando así. Tampoco tengo vicios. Lo malo es mi hijo, que tiene 20 años, y no le puedo dar ni cinco euros para poder salir a algún sitio», se lamenta.

No pases de largo. Mira tu vida cercana y cotidiana, y escucha los lamentos de quienes quedan tirados al borde del camino. Pon nombre, rostro, dolor y circunstancia a tu oración.

Escucho la Palabra

Lc 10,25-37: ¿Quién es mi prójimo?

En aquel tiempo, se presentó un letrado y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba:

–Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Él le dijo: –¿Qué está escrito en la Ley?, ¿qué lees en ella?

El letrado contestó: –«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo».

Él le dijo: –Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida.

Pero el letrado, queriendo aparecer como justo, preguntó a Jesús: –¿Y quién es mi prójimo?

Jesús dijo:

–Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo.

Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo:

–Cuida de él y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta.

¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?

El letrado contestó: –El que practicó la misericordia con él.

Díjole Jesús: –Anda, haz tú lo mismo.

Palabra del Señor



Confronta tu vida con la Palabra

Mira la foto anterior, de nuevo. Mírala a la luz del Evangelio. También ellos han caído en manos de los bandidos que asuelan nuestro mundo. También ellos han quedado tirados en las cunetas, abandonados, robados, heridos.

Y como ellos tantas personas, parados de larga duración, mayores de 45 años a quienes cuesta retornar al trabajo, encontrar una posibilidad de realización personal y familiar mediante su trabajo.

O tantas familias de nuestros barrios, cada vez más desposeídas de derechos sociales. Tantos compañeros y compañeras cercanos a ti, cuya vida está tejida de precariedad, de pérdida de derechos, de deshumanización.

Tanta víctima silenciada de accidentes laborales, cuya vida vale cada vez menos para este sistema, para esta economía que mata.

Y ahora, tú, que también quieres como el que pregunta a Jesús, heredar la vida eterna, pregúntate también: **¿Quién es mi prójimo?** ¿Aún necesitas concretar más la pregunta? Entonces

es que sigues siendo como el sacerdote o el levita, ocupados en sus cosas para justificar el sufrimiento que no ves, para no dejarte interpelar por él. Entonces es que tu vida no transcurre por los caminos por donde transitan los empobrecidos, por mucho slogan que grites en cada manifestación.

El papa Francisco en su homilía del pasado 8 de julio, nos recordaba:

«En este sexto aniversario de mi visita a Lampedusa, pienso en los “últimos” que todos los días claman al Señor, pidiendo ser liberados de los males que los afligen. Son los últimos engañados y abandonados para morir en el desierto; son los últimos torturados, maltratados y violados en los campos de detención; son los últimos que desafían las olas de un mar despiadado; son los últimos dejados en campos de una acogida que es demasiado larga para ser llamada temporal. Son sólo algunos de los últimos que Jesús nos pide que amemos y ayudemos a levantarse. Desafortunadamente, las periferias existenciales de nuestras ciudades están densamente pobladas por personas descartadas, marginadas, oprimidas, discriminadas, abusadas, explotadas, abandonadas, pobres y que sufren. Con el espíritu de las Bienaventuranzas, estamos llamados a consolarlas en sus aflicciones y a ofrecerles misericordia; a saciar su hambre y sed de justicia; a que sientan la paternidad amorosa de Dios; a mostrarles el camino al Reino de los Cielos. ¡Son personas, no se trata sólo de cuestiones sociales o migratorias! “No se trata sólo de migrantes”, en el doble sentido de que los migrantes son antes que nada seres humanos, y que hoy son el símbolo de todos los descartados de la sociedad globalizada».

Hay que salir al camino, hacerse encontradizo. Incluso más: hay que instalarse a vivir en los caminos y en las cunetas por donde transcurre la vida del mundo obrero empobrecido, y estar dispuesto a compartir la vida con quien sufre. Porque eso es lo que, de la mano de Dios, nos hace vivir: vivir la proximidad, una vida en “proximidad”, portarnos como prójimos de quien nos necesita **¿Quién se portó como prójimo? El que practicó la misericordia con él.** El que sin darle más vueltas, trastocó sus proyectos y sus planes (dejó que la misericordia de Dios los trastocase) para ponerse al servicio de quien lo necesitaba en su sufrimiento concreto. El que abandonó sus planes y proyectos, y por amor, hizo suyos los planes y proyectos –la voluntad– de Dios.



Solo la práctica cotidiana de la justicia y la misericordia que nace de la experiencia hondamente espiritual de vivir amados por Dios (no otra) es la que humaniza nuestra vida, la que nos hace descubrir el sentido de nuestra vida. Es esa experiencia del encuentro con el Dios sufriente en la vida de mi prójimo, la que me evangeliza, la que me convierte, me transforma, me humaniza... me va haciendo creyente. Que como en la parábola del buen samaritano seamos capaces de parar, ver, sentir, abrazar y curar las heridas.

Agradece en este momento la vida de tantas personas "samaritanas", que te han socorrido, también a ti, en algún momento de tu vida. Que te han rescatado de alguna cuneta. Agradece que siga habiendo personas así en nuestro mundo, que encarnan la misericordia de Dios.

Con el proyecto personal de vida por delante, y teniendo presente la vida de tus compañeras y compañeros, de trabajo, de vida en el barrio; teniendo presente tu familia, tu parroquia... ¿Cómo has de crecer en practicar la misericordia con quien necesita que te hagas su prójimo? ¿Y qué vas a ser y aportar para que esta Iglesia nuestra sea cada vez más samaritana? Porque esta Iglesia que construye el Espíritu, solo se hace con lo que cada una y cada uno está dispuesto a empeñar por el Evangelio.

Poniéndote en manos del Señor, ora:



*Si el amor nos hiciera poner
hombro con hombro,
fatiga con fatiga
y lágrima con lágrima.*

*Si nos hiciéramos unos.
Unos con otros.
Unos junto a otros.
Por encima del oro y de la nieve,
aún más allá del oro y de la espada.*

*Si hiciéramos un bloque sin fisura
con los seis mil millones
de rojos corazones que nos laten...*

*¡Qué hermosa arquitectura
se alzaría del lodo!*

Ángela Figuera Aymerich

Termina como siempre, rezando la Oración a Jesús Obrero, Que nuestros hermanos y hermanas que sufren desaliento, permanezcan en tu amor, Señor.

Señor, Jesús... María, Madre de los pobres, ruega por nosotros